

Un soplo de teatro

Víctor Pliego

ILDEBRANDO Biribó era el apuntador que apareció muerto en su puesto de trabajo tras el estreno de “Cyrano de Bergerac” de Rostand en París, el 28 de diciembre de 1897, protagonizado por el legendario actor francés Constant Coquelin. El espectro de su fiel y entregado asistente volvió, cien años después, a aparecerse como un duende del teatro sobre las tablas, para pronunciar el monólogo que le ha dedicado Emmanuel Vacca. El texto es un amoroso y emocionante homenaje al teatro.

Alberto Castrillo-Ferrer ofrece una exquisita interpretación del fantasma de Biribó, con un dominio espectacular del gesto, del movimiento, de los pies y de la voz. ¿Quién da más? Su personaje me recuerda un poco a Charles Chaplin por esa combinación de técnicas interpretativas, por su traza y por su ternura. Pero si de algo hace alarde el actor, es de su versatilidad. El monólogo le ofrece la oportunidad de multiplicarse en todos esos personajes, propios o tomados de la literatura teatral, con los que se cruzó Biribó en su imaginaria vida terrenal. Castrillo-Ferrer nos presenta, a lo largo de 80 minutos, cerca de 30 personajes con maestría, con absoluta limpieza y con verosimilitud (dentro de las convenciones del teatro). Tras presentarse en Madrid hace un lustro, ha retornado con este trabajo magistral al Teatro Fernán Gómez. Los ingredientes fundamentales son de primera calidad y los demás detalles del espectáculo, dirigido por Iñaki Rikarte, están tratados con mimo.

La escenografía se centra en un secreter misterioso, lleno de magia y de cajones, capaz de convertirse en un teatro, en una concha, en una escalera o en una nube. La única objeción que puede hacerse es al sonido, algo sucio. Sin embargo, este detalle queda eclipsado ante la calidad de todo lo demás. Es montaje extraordinario, un soplo de puro teatro.